

EL PERIODISMO ANTE LA CORRUPCIÓN Y LOS ABUSOS DEL PODER

Javier del Castillo

INTRODUCCIÓN

Después de más de treinta años de ejercicio del periodismo, en prensa diaria, semanal, suplementos, radio y televisión, tengo una cosa muy clara: esta profesión sólo se justifica desde la defensa de los valores democráticos y desde la denuncia de los abusos e irregularidades que se produzcan en el ejercicio del poder. Los medios de comunicación, además de contar lo que pasa, tenemos la obligación de indagar y de investigar. No podemos conformarnos con transmitir lo que se diga en una rueda de prensa, ni con hacer de meros distribuidores de los comunicados que envían los gabinetes de prensa. Tenemos que buscar en la trastienda y contar también aquello que no interesa que se sepa, aquello que permanece oculto por estar al margen de la ley.

Cuando Javier Davara me invitó a participar en estos Cursos de Periodismo, acababan de salir a la luz las cuentas ocultas de Luis Bárcenas en Suiza, Iñaki Urdangarin declaraba en los juzgados de Palma de Mallorca y la juez Alaya seguía descubriendo nuevos desvíos de dinero en el caso de los EREs falsos de Andalucía. Unos meses después, la corrupción y los escándalos siguen acaparando los titulares de portada de los periódicos y de los espacios informativos de la radio y la televisión.

Con este panorama, me pareció oportuno hablar aquí del papel que juegan los medios de comunicación a la hora de descubrir, denunciar y presentar a sus lectores, oyentes o espectadores esos casos de corrupción que provocan la desconfianza de los ciudadanos en sus instituciones y en sus dirigentes.

En primer lugar, y para que nadie se lleve a engaño, quiero señalar que la corrupción no tiene ideología, ni es consustancial a un determinado sistema

político. Existe en las dictaduras y existe en las democracias más o menos desarrolladas. Con una diferencia, en las dictaduras nadie se atreve a denunciarlo, y por tanto suele quedar impune, mientras que en las democracias sale a la luz y tiene consecuencias penales.

Los periodistas, aunque ello tenga un coste indudable, tenemos que destapar los escándalos financieros y las corrupciones políticas, porque en ello nos jugamos nuestra credibilidad, que hoy está bajo mínimos. Sacar a la luz escándalos y comportamientos supuestamente delictivos no es tarea fácil. Genera, como luego iremos viendo a través de algunos ejemplos, disgustos, tensiones, conflictos, denuncias, represalias y amenazas. La gravedad de estas reacciones varía en función del poder y de la capacidad de influencia del protagonista del escándalo.

Como botón de muestra, les contaré lo que me pasó en los años noventa, trabajando en el semanario "Tribuna de Actualidad" por un asunto aparentemente menor, relacionado con unas obras realizadas sin licencia por Camilo José Cela en el chalé que tenía en Guadalajara. Consigo un informe del aparejador del Ayuntamiento denunciando lo ocurrido y consigo fotos del edificio, antes y después de las obras, donde claramente se observa que se ha levantado una nueva planta.

Con todos los datos, antes de publicar el reportaje, llamé al escritor para que me explicara sus razones y me contestó Marina Castaño, en tono amenazante, que no tenía nada que decir y que me fuera preparando. Unos días después, Julián Lago me informó de las llamadas de Marina Castaño al propietario de "Tribuna", anunciando represalias si se publicaba esa información y pidiendo mí cabeza.

Se publicó el reportaje gracias a Julián Lago, que no se arrugó al ver que había pruebas y papeles, pero tampoco pasó nada. Bueno sí, que desde entonces Marina dejó de hablarme.

1.- Periodismo de investigación en España. Presente y futuro

Hablar del periodismo de investigación como si se tratara de un género específico, reservado a profesionales con cierta vocación policial, me parece un error. La investigación, como el deseo de descubrir la verdad o la búsqueda de las claves que hay detrás de cualquier acontecimiento, son tareas fundamentales del oficio de periodista.

Investigar, en mi opinión, no es algo exclusivo de quienes dedican mucho tiempo y esfuerzo a descubrir un escándalo que será portada del periódico para el que trabajan.

Sin embargo, sí que hay un elemento importante, fundamental, que marca la diferencia: el periodismo de investigación, tal y como lo entendemos ahora, es aquel que descubre asuntos de importancia que desean mantenerse en secreto. Actuaciones fuera de la ley, abusos o utilización de un cargo público para el enriquecimiento propio o de los amigos.

Hasta la llegada de la democracia, el periodismo de investigación en España estaba prohibido, como lo estaba la libertad de expresión y otros derechos fundamentales. Hay que recordarlo, para entender mejor la contribución de la prensa en la consolidación de la democracia y su papel a la hora de descubrir y denunciar los abusos de poder, las actuaciones delictivas de personajes sin escrúpulos, como Luis Roldán, o los escándalos financieros de Ruiz Mateos y Javier de la Rosa.

La prensa, salvo algunas excepciones, ha cumplido bien su tarea de fiscalizar y sacar a la luz la corrupción de unos y de otros. Ha estado a la altura de las circunstancias. La información propia y contrastada ha servido para poner en manos de la justicia a corruptos que sin esas denuncias publicadas se habrían ido de rositas.

Los costes del periodismo de investigación son mucho más elevados que los generados por ruedas de prensa y actos públicos, en los que a veces ni siquiera se admiten preguntas, pero generan beneficios intangibles: credibilidad y prestigio.

El problema actual, con la crisis económica, la caída de la publicidad y la pérdida de lectores, es ¿cómo mantener equipos de profesionales con experiencia y bien pagados que se dediquen durante semanas o meses a investigar corrupciones o sospechas?. Y, lo que es más importante, ¿cómo comprobar la veracidad de las filtraciones interesadas que se reciben en un medio de comunicación, si no se tienen profesionales bien preparados para hacerlo?.

2.- Los grupos de presión y la contaminación política en los medios de comunicación

Una sociedad bien informada es una sociedad más fuerte, más libre y hasta más saludable. Por lo tanto, se encuentra en mejores condiciones para enfrentarse a los abusos del poder político, financiero o de cualquier otro tipo.

Para ello necesita de medios de comunicación fuertes. Periódicos, radios y televisiones solventes, que puedan hacer frente a las presiones del poder político y del poder económico.

La investigación, como decíamos anteriormente, es costosa desde el punto de vista humano y económico. Las buenas exclusivas se consiguen a través de un trabajo meticuloso y tenaz, que requiere tiempo y paciencia para su elaboración. Antes de lanzar el titular y la información sobre la que se sostiene, hay que contrastar los datos, confirmar la solvencia de las fuentes y verificar todo tipo de detalles, aunque ello suponga retrasar la publicación de la noticia.

Los grupos de presión influyen en los medios de comunicación, sobre todo en tiempos de crisis y dificultades económicas, a través de la contratación publicitaria. Eso también ocurre con las grandes empresas y con las entidades financieras. Las primeras porque son los principales anunciantes y las segundas porque tienen en sus manos el grifo de los créditos o el ansiado aplazamiento de una deuda.

Además, existe desde mediados de los años setenta, cierta contaminación política en los medios de comunicación, generada en parte por la necesidad de hacer un frente común de políticos y periodistas para lograr la transición a la

democracia. Esta especie de matrimonio de conveniencia, en el que se dejaba en un segundo plano la ideología, se ha roto por culpa del bipartidismo y por la crispación y el enfrentamiento entre las dos formaciones políticas mayoritarias.

Basta con leer durante varios días las portadas de los cuatro periódicos nacionales – El País, El Mundo, ABC y La Razón – para comprobar que los casos de corrupción no son iguales para todos. En El País y El Mundo mandan las informaciones sobre Bárcenas, mientras que en el ABC y La Razón se destacan los escándalos de los EREs en Andalucía. Mientras que en los dos primeros abundan las denuncias contra Iñaki Urdangarin, en los segundos predominan las críticas al juez que lleva el caso.

Cada periódico tiene su caso de corrupción y las nuevas revelaciones sobre el mismo son ninguneadas o incluso despreciadas por la competencia.

3.- Filtraciones interesadas

Aunque nos cueste reconocerlo, porque la autocrítica sigue siendo una de las asignaturas pendientes de nuestra profesión, gran parte de los escándalos y de los casos de corrupción que aparecen en la prensa nacen de la filtración interesada de una persona o de una organización.

Puede ser una llamada o un recado a través de un intermediario que te pone sobre la pista, o un dossier ya elaborado, con fotocopias que se ofrece con la condición lógica de no desvelar la fuente.

Durante mi etapa de reportero en varios semanarios – “Epoca” y “Tribuna de Actualidad”, concretamente – pude comprobar muy de cerca el funcionamiento de este tipo de filtraciones. En uno de los casos, alguien de la dirección del Partido Popular en Génova, tuvo el detalle de filtrarnos la adquisición por parte del entonces vicepresidente del Gobierno, Alfonso Guerra, de una parcela en la costa gaditana de Chiclana. La pista, como enseguida pude comprobar en el registro de la propiedad de esta última población, era cierta. Allí estaba la copia de la escritura, aunque firmada por Carmen Reina, esposa del vicepresidente. Lo demás, aparte de engañar al promotor de la urbanización, fue bastante más fácil de lo que seguramente supondrían los lectores de la revista.

En otras ocasiones, fue Julián Lago, el director de “Tribuna” quien me facilitó un primer contacto o la entrevista con la ex mujer de un político que tenía ganas de que salieran a la luz pruebas comprometedoras sobre los negocios de su ex marido. La corrupción no es nueva, aunque haya pasado a convertirse ahora en una de las grandes preocupaciones de los españoles. La indignación crece en estos momentos porque afecta a las más altas instituciones del Estado y porque no se salva de los casos de corrupción ningún partido político con responsabilidades de gobierno.

Cuando las filtraciones son interesadas - por razones políticas, personales o de limpieza democrática – hay que ser todavía más meticulosos y contrastar hasta el más mínimo detalle de las informaciones. Aunque acabe prevaleciendo el derecho a la información sobre el derecho a la intimidad, me parece reprochable que se reproduzcan conversaciones privadas o detalles que afecten a la intimidad de las personas.

La corrupción destruye la moral pública y desmoraliza al ciudadano, como decía hace algunos días una destacada dirigente del Partido Socialista, pero todos tiran la piedra y esconden la mano.

4.- La solvencia económica como garantía de independencia

Como ya he comentado al hablar de los grupos de presión, la situación precaria en la que se desenvuelven en estos momentos la mayoría de los medios de comunicación, especialmente los medios escritos, perjudica seriamente a su independencia. Cuando un periódico se autofinancia con las ventas y consigue unos beneficios económicos importantes, cosa que hoy es muy difícil que ocurra, tiene más libertad y mucho menos temor a ser antipático con los poderes políticos y económicos.

En manos del gobierno están las concesiones de licencias, las subvenciones al papel o la programación de campañas publicitarias institucionales. Y en manos de las grandes organizaciones económicas y sociales puede estar el hacer más llevadera la crisis económica en los medios de comunicación. Aunque la influencia del poder es mayor en la prensa regional y provincial, algunos

grandes editores prefieren no arriesgar y llevarse bien con quienes toman las grandes decisiones.

Cuando las cuentas de resultados de un periódico, una radio o una televisión son positivas y existen recursos suficientes para aguantar presiones o incluso la retirada de una importante campaña de publicidad, los poderosos pierden su blindaje ante la crítica. Está claro que, sin deudas ni préstamos aplazados, sale ganando la información independiente.

Otro factor a tener en cuenta en época de vacas flacas es el de los recortes en gastos de todo tipo. La información propia y la investigación meticulosa de asuntos complejos que requieren el despliegue de importantes recursos humanos y económicos empiezan a ser cuestionadas por los gerentes y directores económicos de las empresas periodísticas.

Para hacer frente a la crisis que sufrieron las revistas de información general en los años 1993,1994, hubo reducción de sueldos, ajustes en las plantillas y una restricción importante en los gastos, que afectaba a los viajes y a los reportajes que exigían más tiempo para su elaboración. Al final, se consiguió el ahorro, pero a costa de un producto informativo de menor calidad y de apenas repercusión.

En esa lucha por la supervivencia de la que yo fui testigo en los años noventa, se pusieron de moda las promociones, los especiales y los publibreportajes. Se buscaban patrocinadores – bancos, grandes empresas, fundaciones –, que pagaban religiosamente, a cambio de conseguir un tratamiento informativo preferente. Era, de alguna forma, el peaje que teníamos que pagar por los servicios prestados.

Las dificultades económicas son un peligro evidente para la independencia, pero también para el periodismo de investigación. Y, lógicamente, si escasean los controles y los medios informativos independientes que denuncien los abusos y las arbitrariedades, está claro que florecerá todavía más la corrupción.

5.- El papel de los medios de comunicación en la regeneración democrática.

La falta de confianza en las instituciones, el descrédito de la clase dirigente y las dudas que genera el actual sistema de partidos políticos invitan a hacer una profunda reflexión sobre la responsabilidad de los periodistas en esta difícil encrucijada. Cualquiera que se haya asomado a las portadas de los periódicos españoles en los últimos meses habrá podido comprobar que a la crisis económica se suma una crisis política y social sin precedentes en los últimos años.

Está claro que este rosario de escándalos – como se encargan de recordarnos algunos dirigentes del partido en el Gobierno – no ayuda a la promoción de la “marca España”, pero como tampoco ayuda a mejorar nuestra imagen exterior el que los jueces de la Audiencia Nacional tengan que pedir refuerzos porque no dan abasto en la instrucción de sumarios y procedimientos por casos de corrupción política. Los periódicos – eso también lo debemos de tener muy claro – no se inventan los abusos y las irregularidades. Los periódicos, unos más que otros, solo son un espejo y un retrato de la realidad.

El desencanto es evidente. Las denuncias de casos de corrupción y las investigaciones de los medios de comunicación son una llamada de atención. Por este camino difícilmente se puede avanzar en la regeneración democrática que pregonan algunos responsables políticos. Aunque algunos se empeñen en matar al mensajero, el hecho de controlar al poder y de criticar los abusos que se cometen a su sombra no supone ningún peligro para las instituciones, sino un ejercicio saludable de transparencia. Son esas instituciones las que tienen que ganarse el respeto y la credibilidad a través de sus actuaciones.

Mientras que en países como Alemania un ministro dimite por haber plagiado una tesis doctoral, en algunas comunidades autónomas de España se vuelven a presentar como candidatos en las elecciones personas imputadas en casos de corrupción. Y lo peor es que encima salen elegidos.

Si la sociedad no castiga este tipo de comportamientos en las urnas, puede que sea por alguna de estas dos razones: o porque no le parecen actuaciones tan graves o porque prefiere mirar para otro lado.

6.- La pérdida de credibilidad y los pasos a dar para recuperarla

Es incuestionable el descrédito de nuestra clase política, y así se pone de manifiesto en las últimas encuestas sociológicas, pero también es incuestionable la pérdida de credibilidad de los medios de comunicación. Acostumbrados a juzgar los comportamientos ajenos, los periodistas nos olvidamos de ejercer el sano ejercicio de la autocrítica. Tendemos a creer que la crisis económica es la culpable de nuestros males, pero existen otros factores que también influyen en la pérdida de lectores y en la desconfianza sobre algunos de los contenidos informativos.

Cuando yo estudiaba periodismo en la Facultad de Ciencias de la Información algunos de vosotros ni había nacido, pero ya entonces entablábamos serias discusiones sobre la objetividad y la independencia en los medios de comunicación, para llegar a la conclusión de que la objetividad no existe y la independencia tampoco.

El periodista puede contar lo que ve o lo que le cuentan con honestidad, pero es imposible que consiga abstraerse totalmente de circunstancias subjetivas. Unos mismos hechos pueden contarse de mil maneras por personas que los han vivido y contemplado desde el mismo sitio. Lo que no puede hacer un profesional de la información es dejar de confirmar y contrastar en distintas fuentes lo ocurrido.

Para recuperar la credibilidad y la confianza, lo primero que tenemos que hacer es subrayar en rojo algunos de los principios más elementales de nuestro oficio. No se puede lanzar una información sin haber sido previamente confirmada y contrastada, ni se puede mezclar información con opinión, o con juicios de valor que en todo caso les corresponderá hacerlos a quienes reciben el mensaje. El mismo grado de exigencia y de rigor que pedimos a otros deberíamos de aplicárnoslo a nosotros. Sin importar el soporte por el que se

transmita, la información tiene que ajustarse al relato de los hechos, dejando al margen la valoración y la opinión que a cada uno de nosotros nos merezcan.

Para opinar están los columnistas y quienes se encargan cada día de escribir editoriales y análisis de lo que está pasando. Sin embargo, cada vez es más frecuente encontrar en los medios de comunicación titulares valorativos, cargados de intencionalidad y de adjetivos. Y así es muy difícil generar credibilidad y confianza. Lo más lógico es que al lector le asalte la duda de si la información que está leyendo se corresponde con la realidad o con los deseos de quien la ha escrito.

En más de una ocasión todos hemos hecho la broma de que la noticia no puede estropear un buen titular. Sin embargo, no siempre es una broma. Yo mismo he sido testigo de que eso se ha hecho y en la portada de un medio en el que yo trabajaba. La filtración era tan golosa y tan llamativa que el director se arriesgó a publicar una información que era falsa. Luego vinieron las querellas y el descrédito.

Por lo tanto, rigor, información y responsabilidad para recuperar el prestigio perdido.

7.- La ética y la profesionalidad nunca pueden ser monedas de cambio

Como ocurre en todas las profesiones, y esta no es una excepción, en el periodismo español hay comportamientos realmente reprobables y actuaciones que dejan bastante que desear. La corrupción no es exclusiva de unos cuantos políticos y de algunas personas vinculadas al poder.

En el mundo del periodismo existen también corruptelas y abusos, que no siempre salen a la luz. Hay profesionales que han confundido el ejercicio de la profesión de informar con poner su pluma o su voz al servicio de una ideología o incluso de un partido político. También hay otros que ni siquiera son periodistas, pero tratan de dar lecciones a quienes sí lo somos. O periodistas de larga y brillante trayectoria que acaban aceptando consignas y escribiendo al dictado. Como hay profesionales honestos que han decidido dedicarse a otra

cosa para no tener que plegarse a unas condiciones de trabajo precarias o a un periodismo de salón.

Es posible que tengamos en parte lo que nos merecemos, por no haber denunciado los malos hábitos de la profesión. La ética en el periodismo es fundamental para responder al derecho que tienen los ciudadanos a estar bien informados. De ahí que se eche en falta una actuación más contundente de las asociaciones de la prensa y otras organizaciones profesionales cada vez que un periodista incumple las más elementales normas deontológicas.

Todavía me estoy acordando de una supuesta compañera de profesión que firmó un libro que no había escrito o de otra que decidió que había encontrado a la hija desaparecida de Romina y Albano, aunque siga en paradero desconocido. Seguramente que nadie le ha explicado todavía a esta señora que hay límites éticos y deontológico que nunca se deben saltar.

8.- Credibilidad en la radio, el medio que mejor transmite el pulso de la calle

Antes de terminar mi intervención, quiero dedicarle unos minutos a la radio, porque se lo merece y porque es al medio que más tiempo le he dedicado en los últimos catorce años. La radio, pese a los cambios vertiginosos producidos en el mundo de la información, mantiene intactas unas cotas de audiencia y de credibilidad que la sitúan en un lugar realmente privilegiado.

La radio es información y entretenimiento, pero también inmediatez y cercanía; responsabilidad y capacidad de transmitir sentimientos. En la radio no vale todo, ni hay que buscar grandes titulares para fidelizar a la audiencia. Los oyentes de la radio saben perfectamente quién les habla y confían en él mucho más que en los profesionales de otros medios.

Desde la ya casi olvidada noche de los transistores, del 23-F, el panorama de la radio española apenas ha cambiado. Se ha adaptado, eso sí, a las nuevas tecnologías, pero sin perder la identidad ni su vocación de tomarle el pulso a la actualidad en cada momento.

En la radio no hay secretos. El único secreto es abrir los micrófonos y dejar que la gente tome la palabra y diga lo que piensa. Aunque sea para denunciar los escándalos y corrupciones.